

ZOCOS, 35

CARACAS

© De los textos, Juan Carlos Méndez Guédez
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia literaria

© Ilustración de cubierta: Raquel Méndez Roperti

© Confluencias, 2026
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión editorial: Leonardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-992689-2-8
Depósito legal: AL 949-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ

CARACAS

Recuerdos de ciudad



Para Aura Guédez Morillo.
Porque desde 1948 amaba Caracas.

Para mi querido pana Nicolás
Melini, que al fin pudo conocerla.

Caracas, ¿dónde estuvo?

Perdí mi sombra y el tacto de sus piedras,

Eugenio Montejo

*Escribir páginas y páginas, llenarlas de piedras, de
hierba, de bosque, de cielos, de movimientos de la gente
en la calle, de voces, de casas, del pasado, del hoy, de
cuadros, de estatuas, de ríos y de olas y de vasos y de
tarros y de yeso blanco en mi taller y de nubes, niño
acostado en la libertad...*

Giacometti

Dame un cuchillo para cortar el aire y besarte

*Si me siento pesado es por el plomo
que llevo en la sangre*

*En ríos de fuego, de acero, de vida y de tiempo
Que van si remedio a tumbas que llegan al cielo...*

Vivir en Caracas

Morir en Caracas

Yordano

ÍNDICE

VOLVER	15
ESPACIOS EN PENUMBRA	19
PARA RECORDAR EL FUTURO	25
UNA MÚSICA LLAMADA AVENIDA INTERCOMUNAL	31
CUANDO EL VALLE VOLVIÓ A SER UN PUEBLO	37
LAS MERCEDES Y EL BOOM	49
PARQUE CENTRAL	63
VOCES CARAQUEÑAS (2025)	75
EL OTRO FUTURO: LAS TORRES DEL SILENCIO	93
CALLE MAURY	109

SABANA GRANDE	121
VOCES CARAQUEÑAS (2000)	137
EN LA AUTOPISTA FRANCISCO FAJARDO	153
AVENIDA LOS PRÓCERES	173
ESQUINA COLIMODIO	183
ESQUINA LA TORRE	195
CABRERA INFANTE Y LA PLAZA CANDELARIA	211
EL LEÓN	231
UN ÁRBOL EN CENTRO PLAZA	249
EL PASEO LAS MERCEDES Y EL OBJETO MÁGICO	263
EL ÁVILA	281
LA CIUDAD UNIVERSITARIA	293
VOCES CARAQUEÑAS (1988)	317
VUELTA A LA PATRIA	339
NOTA	349

CARACAS

VOLVER

Y por primera vez regreso a la ciudad desde que faltas en ella.

Caracas respira ahora desde una inmensa grieta. El lugar, los lugares en los que ya no estás. Espero que me conduzca el sobrio fantasma de Chéjov y mis palabras mantengan siempre la contención, el dibujo de lugares y situaciones en los que sucede la melancolía, pero nunca el quiebre, el patetismo o la lágrima fácil.

Que me conduzcan Chéjov y también Georges Perec: «los paisajes y los panoramas son la cosa más compartida del mundo... los monumentos no son en última instancia sino postales ampliadas... queda el milagro, el encuentro inesperado... Así que ayer, mientras

cruzaba Francia en coche, casi se me saltan las lágrimas al ver la puerta de hierro forjado de un jardín pintado de amarillo».

Celebrar desde esa mirada la ciudad que fuiste y que fuimos, las casuales puertas de hierro que puedan ir apareciendo en estas páginas.

Lo dije hace años en alguna narración: las ciudades son los abrazos que damos y recibimos en ella. Por eso este libro: pequeñas huellas, rastros, letras, señales, objetos, paisaje, palpitaciones y voces. Construcción de un nuevo mapa. Reunión de las palabras que otorga la ciudad y que nosotros le otorgamos a ella.

Ahora con esfuerzo estoy abriendo la reja y la puerta de casa. La llave se resiste, se atasca, debo tomar aire e intentarlo cinco veces hasta que siento cómo la cerradura cede en un brusco movimiento.

Cuando entro al pasillo, impregnado de esa luz a cuadros, de ese olor de fruta y gasolina que traigo en las ropas desde que llegué al aeropuerto, escucho de golpe todos los móviles de vidrio y metal que colgabas en el techo

del apartamento. Suenan a la vez: tintinean, salpican el instante. Hay música en el retorno.

Me detengo. Luego murmuro.

—¿Eres tú, mamá? ¿O es que ahora eres el viento?

ESPACIOS EN PENUMBRA

Debo al escritor asturiano Xuan Bello la noción de que el centro es el lugar desde el que se escribe; el lugar desde el que se soñó y se vivió lo que luego será palabra.

En el principio fue la Intercomunal del Valle.

Es inaudito que un libro sobre Caracas comience allí, pero en mi mapa ese es el ombligo desde el que surge la voz, desde el que surgen las muchas voces. Un libro tradicional, predecible, iniciaría su andadura en la zona central, en el comprimido casco histórico o en las zonas fulgurantes con oficinas y rascacielos. Pero este es un libro de pequeños bordes, de esquinas, de espacios en penumbra.

En el principio fue la Intercomunal del Valle.

Una zona muy humilde de la ciudad que solo en el siglo XX comenzó a ser parte de Caracas y que hasta ese momento era tan solo un pueblo de las afueras fundado en el remoto año 1560.

Casas de campo, sembradíos de caña, un tranvía, una escuela de tauromaquia, un cementerio, una plaza. Huellas que con esfuerzo todavía pueden adivinarse en medio del asfalto, la sombra alargada de los súperbloques y el color oleoso del sol al frotarse contra las paredes de las chabolas.

Pero en el principio del principio la Intercomunal del Valle no existía como parte de la ciudad. Es necesaria la insistencia. Hablamos de un pueblo en el que algunas familias pudientes tenían una segunda vivienda para pasar temporadas y en el que en 1806 ó 1807 nació Fermín Toro, autor de *Los mártires*, la primera novela de la literatura venezolana.

De allí imagino que surgió un sueño que tuve hace pocos meses. Caminaba yo por la Calle Real, rodeado de casas coloniales, con

zaguanes impregnados de olor a maíz, pero al fondo contemplaba los súperbloques y varias chabolas de color ladrillo. En una esquina de la calle 14 encontraba a un grupo de gente abriendo una zanja con palas y picos. Los golpes arañaban la tierra, como si capas y capas de piedras impidiesen avanzar más abajo. Yo les ofrecía ayudar; me sentía muy seguro de mí mismo, pero luego descubría que mis brazos no tenían fuerzas y que la roca bajo mis pies era impenetrable. Al fin alzaba la mirada, reconocía a las personas que se encontraban a mi lado: Urbaneja Achelpohl, Juan España, Domingo Amado Rojas, Salvador Tenreiro, Eduardo Liendo, Ángel Gustavo Infante, Lenin Pérez Pérez, Inés González y Mario Morenza. Uno de ellos me decía: «debemos llegar hasta el centro de la tierra, allí podremos encontrarlo». Yo asentía con énfasis. No era capaz de preguntar qué buscábamos, pero durante un rato compartía el esfuerzo de cavar y cavar como si en ello me fuese la vida. El sudor caía en mis ojos hasta dejarme ciego. Entonces sonaba una explosión y todos huíamos.

Yo me descubriría corriendo solitario por la calle Barquillo de Madrid.

Ya despierto, pensé un buen rato en qué objeto perseguíamos con tanto interés. ¿Qué pueden conseguir en la tierra profunda de mi parroquia un grupo de escritores que han vivido en esa parte de la ciudad?

Al final, acompañado por el sabor humeante de un té con leche, imaginé que se trataba de un manuscrito de Fermín Toro; un manuscrito desconocido que él habría enterrado en algún lugar de El Valle. Una novela anterior a *Los mártires*. Un origen más allá del origen. Una primera semilla. El tesoro remoto, oculto bajo el alquitrán de esas calles fragorosas.

La conclusión es obvia. Quiero justificar la centralidad de esa parte de Caracas para entender Caracas. Necesito sentir que esa fuerza que yo percibo: esa fuerza propia de un ombligo cósmico, de punto donde se juntan cielo, tierra e infierno, donde suceden todos los tiempos, posee una explicación misteriosa conectada con la escritura, conectada con lo que ha sido y será uno de los aspectos centrales de mi vida.

Pero la explicación tal vez es más simple.

La primera vez que pensé Caracas, que me supe en Caracas, lo que contemplaron mis ojos fue la ruidosa Intercomunal.

Hasta ese momento yo vivía en mí mismo, en el abrazo de las personas que me cuidaban, en los sonidos que entraban por las ventanas, en mis juguetes y mis libros llenos de ilustraciones y pocas letras. Pero en algún día del año 1970 supe que hay un lugar del mundo llamado Santiago de León de Caracas y que yo caminaba dentro de sus espacios, que yo era parte de sus pulsaciones.

Y Caracas era una avenida llena de ruidosos autobuses, de chabolas, de súperbloques coloridos. Caracas era una cancha de baloncesto, un parque infantil, las colmenas de un pasillo por el que la luz entraba a trozos y el lugar donde un eucaliptus gigante se movía con el viento.